

# La Globalización y la Educación desde las dos Venezuelas

Milagros de Rosell\*

## Resumen

*La globalización se afianza cada vez más en los países desarrollados y como nuevo paradigma se asocia al bienestar y soporte del nuevo orden económico mundial. Globalización ha significado en Venezuela mayor acceso a la información, pero no la vía para el desarrollo científico, tecnológico y social. Nuestros más graves problemas, como la pobreza y la exclusión, nos alejan del estado de bienestar en un país dividido tradicionalmente entre dominados y dominadores y que hace más notorias sus diferencias a la luz de la propuesta de globalización. Necesitamos ordenar las necesidades más acuciantes, nutrición, salud y vivienda, para intentar la verdadera reforma educativa que obliga primero a una campaña de alfabetización, atención al resto de los subsistemas y mejora de las condiciones de trabajo y estima social de los docentes.*

**Palabras Claves:** globalización, educación, marginalidad.

## Globalization and Education in Two Venezuelas

**ABSTRACT:** *The globalization is secured every day in the developed countries and as is associated to the well-being and support of the new world economic order. The globalization has meant in Venezuela bigger access to the information but not a way for the scientific technological and social development. Our most serious problems, as poverty and exclusion, take us away from the state of well-being in a country traditionally divided between dominated and rulers. The globalization propousal makes their differences more notorious. We need to order the most pressing necessities, nutrition, health and housing, to attempt a real educational reformation that forces a literacy campaign, attention to the rest of the subsystems and the work conditions improvement and social esteem of the teachers.*

**Key Words:** globalization, education, poverty.

### 1. La Globalización y las Dos Venezuelas

**D**espués del pase de la llamada «década perdida» de los ochenta, la de los noventa será conocida como la de la globalización. Su objetivo, liberar nuevos y viejos mercados, de manera de intensificar la productividad, la competencia y la rentabilidad y así crear las condiciones para un «relanzamiento del crecimiento económico» (Urriola, 1996). Sin embargo, a pesar de su bautizo internacional, el juego de mercado sin reglas y crecimiento continuo, ha ocultado la gravedad de las crisis financieras regionales de los países emergentes y sus efectos sociales, demostrando objetivamente que el modelo ne

oliberal no ha modificado de manera sustancial problemas centrales como la pobreza, la marginalidad y los recursos destinados a satisfacer necesidades básicas de la población.

En Latinoamérica la acción del capital globalizante ha venido profundizando la polarización de clases, la concentración de la riqueza en un pequeñísimo sector y empujando a la miseria a los demás. De igual forma se ha extendido la exclusión social y los sectores medios se han empobrecido, de manera pues que estamos frente a una sociedad más compleja, diferenciada y sobre todo, más fragmentada que nunca.

La globalización de los mercados, con el consecuente triunfo de las grandes empresas multinacionales, no ha generado nuevos puestos de trabajo, sino todo lo contrario, ha aumentado el desempleo estructural, la deuda pública y las diferencias entre países y personas.

Tampoco han aparecido los márgenes de ahorro que incrementarían significativamente el crecimiento y la riqueza «*se ha concentrado más en las mismas manos: industriales e inversores*» (Naím, 1998).

Por otra parte, la inestabilidad de los mercados financieros ha significado una gran amenaza sobre las economías abiertas que están naturalmente expuestas a los vaivenes de la economía global. Bastaría citar como ejemplo las altas tasas de desempleo en Alemania, Francia y los propios Estados Unidos en donde en los últimos tiempos, la clase media ha perdido poder adquisitivo y se observa un descenso cercano al 80% de los salarios. (<http://www.democraciainteractiva.org/economía.htm>).

De manera tal, que en la realidad los americanos viven en un sistema de despido casi libre, muy pocas vacaciones y sin prestaciones sociales, ni protección sanitaria pública. La educación en gran número de los colegios estatales es deficiente y hasta con visos de una latente violencia social (recordemos los saldos escolares sangrientos de los últimos gatillos alegres, adolescentes irritados que emularon al episodio de Charles Manson); su apartheid en las grandes metrópolis y ese sabor a desafío y derrota que los acontecimientos terroristas han impreso en la economía y la vida americana en general.

Este panorama significa que con la globalización de los mercados coliden intereses opuestos a los de una población que ostenta la «*american beauty*» y solo ha beneficiado a quienes desde hace tiempo, poseen el monopolio de las divisas y para el resto de la sociedad ha supuesto importantes pérdidas en su futuro y de calidad de vida presente.

Los países que integran la Unión Europea, por otra parte, parecieran tener hasta el momento un modelo más «equitativo» y solidario para vivir, puesto que existe una mejor distribución del ingreso y riqueza, y muestran índices inferiores de marginalidad social, así como subsidio al desempleo, sanidad pública y mejores prestaciones sociales. También en Europa se dispone de

mayor tiempo libre y la gente se preocupa más por el medio ambiente y el consumidor. Pareciera a simple vista una orientación más humana de la globalización. De allí el interés de algunos grupos en detener e invertir el proceso de liberalización de los mercados, pues, desde la aplicación del estilo Thatcher y Reagan, los resultados se han traducido en aumento del paro y recorte sociales, tan preocupantes, que han desencadenado esta polarización o paradigma convertido en martirio en el escenario de Génova.

Está claro. Si la globalización de los mercados conlleva un aumento de la rentabilidad y productividad de las inversiones, también genera una disminución de los salarios que es, en la gran mayoría de los casos, la única forma de subsistencia de los trabajadores. Desde el tratado de Bretton Woods en 1994, en el que los países firmantes se comprometían a mantener la paridad de la cotización de sus monedas respecto al dólar para garantizar la estabilidad de sus economías, los países que hoy forman «el Grupo de los 8», se fueron desvinculando paulatinamente de este compromiso con el argumento de que constituía un obstáculo para las inversiones internacionales. Ello, unido a la potenciación derivada de los avances técnicos en el campo de la informática, permitieron a los operadores conformar ese mercado virtual de compra y venta de divisas, que hoy permite mover millardos de dólares diarios en cuestión de minutos.

Se sabe que gran cantidad de estas inversiones son especulativas. La gente compra ganado, vehículos o petróleo «a futuro», obteniendo mayor rentabilidad en actividades financieras extrafronterizas que a través de la real actividad empresarial productiva. Esto trae beneficios en poco tiempo y atrae a los inversores, pero reduce las plantillas de salarios y gastos sociales de los trabajadores. Al final de cuentas, los impuestos sobre el consumo los termina pagando el ciudadano y ...¡au revoir, Estado de Bienestar! Para muestra tenemos el Japón, que estuvo a pun-

to de arrastrar a toda la economía mundial en sus crisis recesivas y más recientemente la brutal arremetida terrorista contra USA, que aún cuando subyace en ella el componente del fanatismo de minorías fundamentalistas, percibimos también la ráfaga de los conflictos sociales generados por desequilibrios que ya son insoportables.

Lo grave es que los gobiernos apenas reaccionan y los paños calientes que adoptan no resuelven el aumento de la ira social y delincuencia que es, a su vez, producto de la pobreza y la marginalidad. Debido a ello las consecuencias políticas y aún la soberanía de los pueblos se juega entre lo ires y venires de los mercados financieros.

Dos clases de ciudadanos protagonizan esta puesta en escena de fines de siglo: los grandes empresarios, los consorcios y/o las corporaciones observados como la clase dominante y el resto de la población, los «otros», que oscilan desde la clase media profesional, hasta los extremos de la pobreza crítica, los pobres, los marginales. Es desde esta última categoría que deseamos plantear nuestra inquietud relacionada con el proceso de globalización de los mercados, ya que las altas tasas de crecimiento demográfico, el desplazamiento de la mano de obra de los sectores primarios de producción a la ciudad y la propia incapacidad de la industria urbana para absorberlos, son factores que ubican a las ciudades de Venezuela entre las que presenta más alto índice de pobreza extrema, de gente que sobrevive mendigando o robando y buscan en la calle el sustento del día, sin saber si amanecerán vivos el siguiente. ¿Cómo queda esa gran parte de la población dentro de este proceso? ¿Qué papel puede jugar?

Siguiendo los planteamientos de Carlos Zubillaga Oropesa (2000), llama la atención que desde los años sesenta se plantea la pobreza a partir de la marginalidad, un concepto derivado de los procesos de urbanización, definida en principio como la incapacidad de adaptación de los campesinos que llegaban a los nú-

cleos ciudadanos y que adoptaron un distanciamiento y un modo de vida en el que imperaban la desorganización social, la apatía y el individualismo. En Venezuela se denomina marginales a todas aquellas personas excluidas socialmente y forman, incluyendo a la clase trabajadora y la pobreza extrema, aproximadamente el 68% de la población total del país.

La sociedad venezolana, dividida dramáticamente en una vasta masa inserta en los núcleos de la pobreza e inestabilidad, existe de forma paralela a una cantidad considerable de personas que habitan en condiciones estables, perciben una proporción favorable de la riqueza social, en óptimas condiciones y en donde la familia opera, sobretodo, en su papel educativo y en su condicionante emocional. Como otro rostro lejos del tradicional comodín de la «riqueza», se yergue lo ambivalente de estas dos Venezuelas.

Es en este sentido que nos interesa el planteamiento del proceso de globalización, a partir de esa dualidad que ha existido siempre y que ha significado que muchas veces no se reconozca ese interlocutor masivo que cada día se vuelve más universal, pero que en las calles de cualquier ciudad latinoamericana es el vendedor del puesto de revistas, o es el niño que se ofrece para limpiar el parabrisas. Unos y otros frente a nosotros mismos como país y como cultura. Unos y otros un poco perplejos ante lo que se ha denominado globalización.

Para los venezolanos que presentamos una nueva situación sociocultural determinada por un cambio drástico de los actores o protagonistas en el poder, la globalización se presenta casi como un suceso inevitable, como propuesta aceptable propia de una democracia representativa. Aquí también se observan posiciones encontradas derivadas de los diferentes intereses de clase: los dominantes y los dominados.

Nuestra dualidad refleja el conflicto de intereses y bajo esta perspectiva para los dominantes o globalofílicos, la globalización se presenta como una oportunidad de

avance, modernización y progreso. Habida cuenta que es sólo un nuevo aspecto del capitalismo (antes se llamó imperialismo y luego transnacionalización), y que ellos la proponen como una vía para el crecimiento ilimitado de la producción y la satisfacción de necesidades.

La visión venezolana de gran parte de los personeros de la industria y el comercio (con todo y sus reservas) coincide con este punto de vista en el que se espera que la promesa tecnológica contribuya decisivamente a resolver los problemas y que el dinamismo del sistema tecnoeconómico supere por sí mismo las actuales condiciones de contracción financiera.

Del otro lado los globalofóbicos, la interpretan como una versión perversa, que es preciso combatir como el mal absoluto. Son, según Tulio Hernández (El Nacional 12 agosto 2001), los «nostálgicos irredentos del viejo mesianismo social» que se oponen a que una élite controle la ciencia, la tecnología y los recursos del planeta en detrimento de la mayoría. Son los que se puede contactar a través de [w.w.w.ruskus.org](http://w.w.w.ruskus.org), tendenciosos ellos todos, dispuestos a llamar la atención internacional, con sus pancartas a favor de los países del Tercer Mundo y que pretenden desde esta nueva trinchera tecnológica, contribuir a la condonación de la deuda de los países pobres y establecer una nueva forma de vivir en sociedad distinta a la que existe en la actualidad. Los soñadores.

¿Cuál sería la media recomendable? Porque esta es la eterna historia de los intereses de clase, que ahora se llaman pro y contra globalización. Si hacemos un rápido enfoque retrospectivo de nuestra historia hallaremos que en las distintas etapas del pasado venezolano se fraguó esta dicotomía de país de manera muy marcada.

## 2. Una Lectura Etno Cultural de las Dos Venezuelas

La conquista española movida por el interés mercantilista se unió al indígena por una extrema necesidad biológica y sólo por la intervención misionera se evitaron masacres

mayores y obstáculos para su exterminio. Sin embargo el producto de esta mezcla, el mestizaje, permanece marginado del sistema económico y político de aquel tiempo signado por las castas.

Ese producto etnocultural se vio siempre sojuzgado bajo el dominio Ibérico y aún hoy día, con todo y nuestro mestizaje, podemos observar en este país la persistencia de la ocupación campesina y en las labores más humildes a los pardos y en un importante porcentaje de la vida pública, a los descendientes de españoles. Es por eso que nos atrevemos a afirmar que el país dominante es hispánico-el que detenta «la blancura» y el país marginal, es mestizo.

Con el paso del país rural al país urbano (aún en 1936, el 78% de la población era rural,) se trasladó la cultura campesina a las ciudades arrastrando consigo la insalubridad, el analfabetismo y la economía de subsistencia. (OCEI, 1991). A los barrios unidos entre sí, les quedó en algunos casos, la solidaridad propia de las carencias compartidas, que según dicen, saben a menos.

Se agrandó con este movimiento un nuevo desencuentro social y estas dos clases continuaron ignorándose para hacer realidad la brecha gestada y alimentada en la colonia. Venezuela, con una identidad confusa y frágil, conformó una realidad de marginalidad integral, en la que la marginalidad económica se convierte en desconocimiento de las mínimas reglas de convivencia social, la ley, los derechos y la justicia. Para la clase dominante, los estratos marginales sólo representaron siempre la posibilidad del voto (los políticos sobretodo) y para los empresarios, la posibilidad de consumo (Zubillaga, 2000).

Pensar que el disfrute de los bienes culturales era asequible y deseable para ese «otro» país parcialmente depauperado, era una fantasía. Del mismo modo que la superación del analfabetismo y el goce mínimo de servicios de salud. En 1992, las estadísticas, ampliamente difundidas en la prensa, nos situaban entonces sólo por encima de países como Nigeria y Botswana.

Otra de las carencias evidentes entre uno y otro país, es el aspecto ético. Lo observamos en la promiscuidad, en la paternidad ilegítima, en la cantidad de uniones temporales y una concepción del trabajo como actividad degradante y de subsistencia; así como una exacerbada valoración del placer y del disfrute, como situación ideal del vivir por encima del esfuerzo que depara el trabajo digno.

Es por eso que gran parte de nuestras representaciones se asocian a la desesperanza y desdén por el esfuerzo sostenido que se traduce, en parte, en frases como «dejémoslo para mañana» o el nebuloso concepto sobre la propiedad privada, el olvido de las obligaciones contractuales y la disposición estable de respetar acuerdos (Montero, 1991).

Por otra parte, con una débil influencia de la iglesia católica, golpeada ya desde los tiempos de la Independencia, y por el desafío positivista, asistimos también a la cuasi ausencia social de su poder de cohesión y que a diferencia de otros países latinoamericanos, deja sentir su opinión y sus preceptos en la ciudadanía. Arrinconada y asociada al país dominante, nuestra iglesia católica, se conformó con su aparición ritual y meramente catequística y su despreocupación por los asuntos terrenales contribuyó al alejamiento entre los dos países, que siguieron subsistiendo en una misma nación (Zubillaga, 2000).

### 3. Las Dos Venezuelas del Siglo XX

Nuestro siglo XX llegó con Gómez y el petróleo. El caudillismo local exterminado por él, descansa en un sopor de casi 30 años hasta la aparición de los partidos políticos modernos: AD y COPEI. Sin embargo, y a pesar de los ribetes populistas de uno y los coqueteos con la oligarquía del otro, jamás el país se sintió uno, con un sentimiento de ideal nacional o proyecto por hacer, pues cada uno representó intereses políticos y de clase sin enfrentar la fractura de la nación moderna.

Con el movimiento urbanizador motorizado por la nueva riqueza petrolera, surgió el éxodo de las masas marginales rurales a la periferia de las ciudades dando origen entonces a una nueva categoría social: el barrio marginal como una bandera enarbolada hacia la miseria, patéticamente encaramada en el cerro (al igual que las urbanizaciones más recientes) y con una especie de orgullosa intemperie, desmañada y siempre al acecho del otro país, el dominante. Este último incorporó a contingentes de inmigrantes, venidos de Europa a causa de las guerras y efectivamente contribuyó con su fortalecimiento a la incorporación de parte del país productivo a través del empleo en las recién creadas industrias. Venezuela era el país de las oportunidades y floreció en las áreas de las manufacturas, los oficios calificados y la artesanía. Las generaciones de venezolanos hijos de la postguerra engrosaron la clase media profesional y junto a la inmigración de chilenos, uruguayos y argentinos de los años setenta (profesionales y técnicos en su mayoría) dieron un aporte significativo a la formación del país que dicta las reglas.

El logro de la democracia en la incorporación de las clases populares en la toma de decisiones a través del voto, representó una apertura de ciudadanía y a pesar de la tradicional desconfianza del venezolano hacia sus gobernantes, cada cinco años y ahora seis, los habitantes tienen el derecho a expresarse por medio de las elecciones. De allí que, dada su importancia numérica, los discursos de los políticos cambiaron, rediseñándose para halagar al país marginal de cuyos votos depende su acceso al poder.

Populismo y paternalismo se dan la mano para poder tener éxito electoral y de esta forma llegamos al fenómeno que hoy se percibe como un extrañamiento entre la clase tradicionalmente dominante y esta nueva que irrumpe, ahora representada por un líder carismático y sin la oposición política de los partidos que tradicionalmente apoyaron a la primera.

### 4. Las Venezuelas y la Transición hacia el siglo XXI

El sueño de la Gran Venezuela terminó y la gente que se exiló en Miami, está frente a un nuevo país que no comprende, un país en el que los puestos públicos, ésos que siempre proveyeron de beneficio económico a esa misma población están ocupados por la «nueva clase política» que arribó al poder después de 1998. Podemos afirmar que el carácter marginal de nuestro origen fundacional, hoy se haya presente y se enfrenta a las minorías, llámense oligarquía empresarial y financiera, o clase media profesional que frustró sus aspiraciones de ascenso. El actual presidente, con su éxito político, representa genuinamente al país marginal, de ahí su fuerza y su arraigo, hasta ahora, en los estratos populares.

Los nuevos políticos han puesto a los excluidos de la historia en los puestos de comando y saben aprovechar los sentimientos de revancha para cimentar su proyecto social. ¿Qué significa para el hombre del pueblo «acabar con los corruptos y la pobreza»? (Zubillaga, citando a El Universal, 7 de marzo de 2000). El tan anhelado sueño populista que imagina la redistribución de la riqueza venezolana, ahora sí, de manera equitativa. El estado repartidor de peces y panes con un Mesías que oficia desde el balcón de Miraflores.

El presidente cabalgando entre las aguas del militarismo, con su formación marxista, su ¿convencimiento? democrático y su innegable poder comunicador, enfrentan tímidamente hasta ahora, la onda expansionista de la globalización. El país dividido, hoy más que nunca, entre ricos y pobres, da tumbos entre la tentación totalitaria y los caramelos que puede ofrecer en algún momento la participación en los beneficios de algunas propuestas del mercado con Asia y tal vez, Europa. Los sectores antes marginados y ahora participantes del «proceso» se mueven con cautela, pues condicionan su apoyo al logro de las promesas electorales.

Esto, en realidad, para la clase dominante. Para los marginales, ese otro país, la periferia sigue siendo en

realidad su trinchera, desde donde espera, el cambio en las políticas, la subvención, el puestico de trabajo o el contrato.

¿Cuál puede ser el camino con este panorama ininterrumpido por dos caras de un mismo país? Se suele afirmar que la globalización es una «inevitabilidad histórica», y que en una Venezuela cara a cara a sí misma, implicaría mayor responsabilidad y mayor astucia para tratar de involucrar al país dividido.

Creemos que una vía puede ser reorientar los vientos de cambio en un modelo educativo que comience a trabajar con la concepción dualista del país. Y debe trabajarlo desde la mirada atenta y crítica del proceso de globalización, no como mero hecho económico, sino como ideología.

Porque si bien es cierto que educar para la competitividad internacional y el desarrollo puede ayudar a elevar los patrones de vida de un sector relegado, los conceptos de calidad, eficiencia y eficacia, si no son aplicados bajo el contexto ideológico del concepto de clases, corren el peligro de instaurarse en el hecho educativo, como «*el único significado dominante con posibilidad de circular*». (Apple, citado por Gentili 1994). Y entonces seguiríamos perpetuando la dicotomía: dominados-dominadores, la blanquedad contra lo mestizo, el conocimiento que proporciona el colegio de los privilegiados, contra las migajas educativas que se ofrece en los barrios, los sectores rurales y las escuelas públicas.

Optar por un modelo integrista o interaccionista de las dos Venezuelas que coexisten sin juntarse, a sabiendas de que el hecho educativo es parte del proceso cultural y que su trabajo debe estar fuertemente relacionado con la profunda comprensión de esta realidad. Advertir que la mirada productivista y empresarial que se puede esconder tras los patrones de calidad tan buscados en estos tiempos, puede ser arma perfecta para perpetuar la inequidad.

El Proyecto Educativo Nacional, y su defensa del Estado Docente, en estos momentos intenta hacer cambios relativos a la función del maes-

tro, a sus condiciones de trabajo, al currículo. Sin embargo no se ha planteado a fondo un enfoque sociocultural de la marginalidad como el primer problema a ser resuelto por las políticas del estado y que es una condición que permite ver y organizar un proyecto de país con la visión del otro. Sentimos que, hasta ahora, se ha hecho énfasis en la acomodación del modelo educativo dentro del entorno productivo siguiendo las sugerencias de las competencias en el aprendizaje para ser puestas en práctica en el entorno laboral.

Otorgar al currículo una atención especial al aspecto de las necesidades de formación para el servicio y la colaboración, más que a la competitividad, ayudaría sin duda, con la amalgama que pretendemos entre el país marginado y el dominante. Justamente por el concepto de totalidad que conlleva la globalización. La calidad en educación debe asociarse a la calidad de vida y debe integrarse a la reforma social y la superación de la marginalidad. La segmentación conspira contra la calidad y difícilmente puede acercarnos a la realización de proyectos de país si desestimamos que el punto de partida es el venezolano, un proyecto inacabado de ciudadano que lejos de urgir la tecnología de punta o el privilegio de Internet, necesita primero comer, vestirse y tener una vivienda salubre.

Coincidimos con Donoso (1999), al reconocer que el modelo oficial, está concebido de forma simplista, puesto que se afina en las dimensiones del sistema escolar, obviando, la discriminación, el papel de la familia y los medios. El ideal de reforma no se puede circunscribir a la construcción de Escuelas Bolivarianas, programas con adoctrinamiento o la entrega de subsidios educativos.

Para lidiar con la globalización de manera inteligente, reafirmando el pilar educativo como propuesta inmediata pero de largo alcance, se hace urgente la ruptura del círculo de la marginalidad, por lo tanto la atención deberá orientarse a resolver los problemas de pobreza y entre ellos, el nutricional, la salud y la vi-

vienda. Hay que entender además que educar no es fabricar gente según un modelo económico, político o social determinado nada más, sino que la educación debe ser integral en la medida en que propenda a liberar en cada persona lo que le impide ser él mismo como ser inacabado que es y ayudarlo a que represente concientemente la realidad de su pequeño entorno social.

Si es que la globalización es inevitable, deberemos reinventar la educación como arma contra la marginalidad, evadiendo la tentación del estado asistencialista, estimulando la solución de los requerimientos vitales por medio de la autoayuda, el incentivo y el autodesarrollo, empujando al «otro» país, el protagonista de los nuevos tiempos a que crezca en capacidad de superarse a sí mismo. Sin miedos hacia el futuro.

## Bibliografía

- DONOSO, Roberto (1999) Mito y Educación. El impacto de la globalización en la Educación en Latinoamérica. Buenos Aires. Espacio.
- GENTILI, Paolo.; DA SILVA, TomazTadeu (Organizadores) (1994). Neoliberalismo, qualidade total e educação. Editora Vozes Ltda.. Petrópolis. Rio de Janeiro.
- La Globalización de los Mercados. El Mercado Internacional de Divisas. Disponible en <http://www.democraciainteractiva.org/economia.htm>
- MONTERO, Maritza (1991) Ideología, Alienación e Identidad Nacional, Ediciones UCV, Caracas.
- NAIM, Moisés y PIÑANGO, Ramón (1989). El Caso Venezuela, una ilusión de armonía. Ediciones IESA, Caracas.
- URRIOLA, Rafael (1996): Economía latinoamericana. La globalización de los desajustes. Ediciones Nueva Sociedad. ILDIS. Caracas.
- ZUBILLAGA, Carlos. (2000) La Marginalidad sin tabúes ni complejos una propuesta urgente para un país dividido. Ediciones, Gonzant. Caracas.

Profesora de Castellano y Literatura. MS. Educación Superior. Coordinadora del Área de Autodesarrollo y Profesora Lenguaje y Comunicación. Decanato de Medicina UCLA. Cursante del Programa Interinstitucional Doctorado en Educación.

E-mail: [ilarosell@latinmail.com](mailto:ilarosell@latinmail.com)

Fecha de recepción:

**Noviembre 2001**

Fecha de aprobación definitiva:

**Enero 2002**